

Patricia Morgan

## Amado Nervo, su vida y su obra

### 1.—EL MEDIO SOCIAL



AS condiciones generales del ambiente político y social, de los años que siguieron a la independencia de los países americanos, no fueron favorables para el desarrollo de las actividades intelectuales o artísticas. La inestabilidad de las nuevas instituciones, la carencia en el pueblo de un sentido preciso de la nacionalidad y las discrepancias de intereses personales, en los grupos que aspiraban al mando, crearon en todas partes un estado de inquietud e incertidumbre, que redujo considerablemente el campo de las preocupaciones espirituales.

En México, tales condiciones fueron, acaso, más graves que en otros puntos de América. En efecto, la grande extensión del territorio y las naturales dificultades de comunicación, propias de la época, no permitieron que el poder central pudiera hacer sentir su acción, de un modo igualmente eficaz en todas partes. Al amparo de estas circunstancias, los intereses personales y los mal entendidos regionalismos, dieron nacimiento al caudillaje, que agitó la vida mexicana durante un largo período de su historia.

El Gobierno de la República no sólo debió luchar contra estas dificultades, que podrían llamarse de orden interno, sino que se vió afectado en su labor de organización, por actividades de agentes

exteriores. Diez años de luchas constantes, llevaron en septiembre de 1821, al reconocimiento de la independencia que obtuvo Iturbide por el plan llamado de "Las tres garantías", suscrito en el pueblo de Iguala. Sin embargo, este pacto no significó el término de las luchas ni la estabilidad política del país.

En 1829, España inicia esfuerzos para reconquistar su antigua jurisdicción sobre México, lo que acarrea, naturalmente, nuevas perturbaciones.

Más tarde, en 1835, por manifiesta acción extranjera, el territorio de Texas —con una superficie de 265 mil millas cuadradas— se separa de la República y en 1836 es admitido como Estado en la federación de los Estados Unidos de Norteamérica. Después, nuevas agitaciones en otros sectores colindantes con el mismo país del norte, llevan a una situación que termina por negociaciones, en virtud de las cuales Estados Unidos compra los vastos territorios de Alta California y Nuevo México.

En 1862, Francia, con el pretexto de proteger intereses de sus nacionales o de extranjeros en general, desembarca sus tropas en territorio mexicano e impone una ocupación militar que termina en 1867 con el fusilamiento del Emperador Maximiliano.

La agitación determinada por estos sucesos no se detiene con la desaparición del Emperador y pasan todavía algunos años antes de que se recobre la normalidad. Sin embargo, se puede señalar aproximadamente, el año 1870, fecha en que nació Nervo, como la iniciación de una época de prosperidad, que abre a la literatura el camino hacia grandes posibilidades de desarrollo, que se manifiestan brillantemente hacia fines de ese siglo y en los años que precedieron a la revolución que puso término al largo gobierno de Porfirio Díaz.

## 2.—EL AMBIENTE LITERARIO

En 1869, Ignacio Manuel Altamirano funda la revista "El Renacimiento", que agrupó a todos los escritores de aquel tiempo sin diferencia de edad o de partidos políticos. Esta actitud de tolerancia

y reconciliación espiritual, tuvo los más felices resultados para la literatura mexicana. Apaciguó los ánimos perturbados por años y años de luchas exasperantes y mostró la existencia de una actividad intelectual que abarcaba todos los géneros: poesía, novela, cuento, historia y crítica.

La tendencia dominante era el romanticismo que aparecía como fenómeno general de la literatura americana de aquel tiempo. Pero, el romanticismo que había aparecido en Europa como una reacción contra la rigidez y vaciedad de las formas clásicas de la literatura, adquirió en América una orientación marcadamente política, que favoreció su desarrollo. En efecto, el clasicismo, no tenía entre nosotros una importancia que explicara la reacción romántica; y si ésta se propagó rápidamente en todos los países, fué porque ella se presentaba como una reacción que perseguía la destrucción del pasado, punto en el cual coincidía con las corrientes revolucionarias de la política americana.

El romanticismo apareció en las letras mexicanas con Fernando Calderón, no obstante la crítica de los excesos románticos que hizo en varias de sus obras.

En la imposibilidad de detenerme a considerar, por la naturaleza de esta exposición, las diversas corrientes o formas que adoptó el romanticismo en el curso de su desarrollo, me limitaré, para marcar las líneas generales del cuadro, a recordar entre otros, los nombres de Alejandro Arango y Escandón, Ignacio Rodríguez Galván y otros más generalmente conocidos entre nosotros como Juan de Dios Peza, Manuel Acuña y Manuel Flores.

Las condiciones favorables a las actividades intelectuales, se acrecentaron considerablemente bajo el gobierno de Porfirio Díaz, que ordenó y aseguró por largos años la estabilidad de la vida política y social de México, a partir de su primera presidencia en el período 1877 al 80 y después ininterrumpidamente desde su reelección en 1884, hasta su renuncia impuesta por la revolución de Francisco Madero, el 25 de mayo de 1911.

Hacia 1870, se inicia la tendencia llamada "postromántica", que en su desarrollo engendró el movimiento conocido con el nombre de modernismo. Entre los precursores de esta nueva modalidad romántica, ocupa un lugar de primera importancia Manuel Gutiérrez Nájera, propagador de ciertas formas del gongorismo, que ejercieron una profunda influencia renovadora en la poesía.

Los escritores de esta corriente se agruparon en torno a la "Revista Azul", que fundaron Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, revista que sólo vivió dos años, desde el 94 al 96.

Otro grupo se reunió en la "Revista Moderna", fundada por Amado Nervo y Jesús E. Valenzuela, en 1898, y que se publicó hasta 1911.

En 1916, Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, reabrió la Universidad Nacional de México, hecho que habría de tener una decisiva influencia en el desarrollo de la cultura nacional, en todos sus aspectos. Dos años más tarde se constituyó el "Ateneo de la Juventud", llamado posteriormente "Ateneo de México", que dió una nueva orientación al pensamiento y a la literatura nacionales, despertando el interés por el conocimiento de la antigua cultura mexicana, imponiendo nuevos métodos críticos para la literatura y la filosofía y señalando normas de austeridad en la labor de cultura. En este grupo se destacaron José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Roberto Argüelles Bringas, José de Jesús Nuñez y Domínguez, nuestro querido Embajador de México en Chile, Luis Castillo Ledon y muchos otros.

La revolución de 1910, que prolongó su agitación por muchos años, influyó en la labor de este grupo cuyos componentes se dispersaron en pequeños núcleos transitorios, que trabajaban según lo permitían las circunstancias. Aparecieron en este tiempo numerosas publicaciones y revistas, tales como "Nosotros", "La Nave", "Gladios", "Pegaso", "Revista de Revistas", ésta dirigida por un tiempo por don José de Jesús Nuñez y Domínguez, revistas que pusieron de manifiesto la riqueza y variedad del pensamiento y arte mexicanos.

## 3.—BIOGRAFIA DE NERVO

Dentro del ambiente social y literario, que se acaba de señalar en grandes líneas, se formó y desarrolló la inconfundible personalidad de Amado Nervo.

Nació el poeta el 27 de agosto de 1870, en la pequeña ciudad de Tepic, actualmente capital del Estado de Nayarit. Su padre fué Amado Ruiz de Nervo, quien por comodidad modificó su apellido dejándolo reducido a su última parte. Su madre, doña Juana de Ordaz, fué una mujer de temperamento muy sensible y aun escribía poesías que ocultaba celosamente de su marido y de sus hijos, como si esto fuese un pecado. El mayor de esta familia era nuestro poeta, al que seguían seis otros hermanos de los cuales tres eran mujeres.

Cuando el poeta tenía trece años perdió a su padre, y madre e hijos quedaron en una situación muy difícil. Luego después la familia se trasladó a Zamora, en el Estado de Michoacán. Nervo tenía catorce años en esa época y pidió a su madre que les permitiera estudiar en el colegio de Jacona, cosa que les concedió.

El futuro gran poeta celebró esta partida con una de sus primeras estrofas:

*Vestido de casimir  
y con zapatos de lona,  
mañana voy a partir  
al colegio de Jacona.*

La permanencia de los hermanos Nervo en este colegio, no fué de larga duración, pues la madre no pudo habituarse a vivir sin ellos. Fué así como al retirarse de Jacona ingresaron al Seminario de Zamora. Del 86 al 88, Nervo se dedicó al estudio de las ciencias y de la filosofía. Su amigo don Perfecto Méndez Padilla dice: "los primeros años de su adolescencia los pasó Nervo estudiando la lengua de Cervantes, traduciendo a Horacio y a Virgilio,

a la vez que estudiando los idiomas de Shakespeare y de "Corneille". En 1889, inició los estudios de Derecho; pero debió interrumpirlos porque fué suprimida la escuela respectiva que funcionaba anexa al Seminario. En el curso de sus tareas Nervo fué siempre el primero de sus compañeros: su carácter era ya en aquellos años, meditativo y silencioso.

Todo el año 1890, estuvo fuera del Seminario. Inesperadamente tomó la resolución de seguir la carrera eclesiástica. En 1891 volvió al Seminario, decepcionado por un amor no correspondido e inició con apasionamiento sus estudios eclesiásticos, sumergiendo su espíritu en lecturas místicas, que dejaron para siempre su huella en el espíritu y en la sensibilidad del poeta.

En cierta ocasión, mientras realizaba estos estudios, llegaron a Zamora dos artistas chilenos de apellido Bernardelli. Uno de ellos era escultor que continuó viaje a Europa donde obtuvo pleno triunfo de artista. El otro, Félix Bernardelli, violinista y pintor, fué invitado por el rector del Seminario a dar un concierto en el establecimiento.

El concierto de este chileno, impresionó vivamente al futuro eclesiástico, quien, según uno de sus biógrafos, quedó silencioso, con la cabeza entre las manos, mientras se enroscaba sin sentirlo en su corazón la voluptuosidad crispadora de la sierpe del bien y del mal. En realidad la música que hablaba de pasiones profanas desconcertó al poeta y removi6 su sensibilidad, introduciendo en su espíritu ideas que le impulsaban a abandonar sus estudios eclesiásticos.

"Las punzadas de la tentación —dice Hernán Rosales— mace-raban cordialmente su sangre. El grito de la naturaleza —añade—, por saltar el muro de la fe y destruirlo, como destruye el fuego la vegetación inútil para el abono de los nuevos brotes, era formidable". En realidad, poco tiempo después Amado Nervo renunció a sus estudios teológicos y regresó a su tierra natal de Tepic. Allí se empleó en una casa de comercio como oficinista y con esta endeble situación económica y con lo poco que le quedó a su madre, asumió la responsabilidad de sostener a la familia.

Al poco tiempo de su reinstalación en Tepic, entabló relaciones

apasionadas con una distinguida señorita cuyo nombre no recuerdan los biógrafos, y a quien escribía y enviaba cada día un nuevo poema que ella guardaba en una caja de sándalo. La señorita falleció y los versos del poeta no pudieron ser encontrados en ninguna parte.

Después de esta muerte, el poeta pensó en la necesidad de cambiar de ambiente y decidió trasladarse a Mazatlán donde la visión del mar hirió de nuevo su sensibilidad. No sin dificultades llegó a emplearse en la redacción del periódico "El Correo de la Tarde", en el cual se hizo cargo de la página literaria con un sueldo de \$ 30 al mes, de los cuales economizaba diez. Escribía mucho, pues fuera de sus artículos hacía traducciones y crónicas.

Su vida era económicamente muy estrecha, tenía sólo dos trajes que mandaba a apluchar a una sastrería, establecimiento con el que luego tuvo varias dificultades por el cobro de dos pesos, que el poeta creía ya pagados. La cuestión fué arreglada con la intervención del director del periódico, don Miguel Retes.

Su permanencia en Mazatlán no se prolongó por mucho tiempo, pues el poeta se dió cuenta de que allí no podía encontrar la oportunidad que necesitaba para abrirse camino en el mundo de las letras. Sin desconocer los obstáculos que tendría que salvar decidió, en 1894, trasladarse a la ciudad de México donde estaba el centro literario e intelectual del país con Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Carlos Díaz Dufoo y otros muchos. La competencia literaria era en aquel mundo extraordinariamente fuerte, especialmente para un provinciano como Amado Nervo que llegaba allí sin dinero, sin relaciones sociales ni artísticas. Afortunadamente logró un empleo en el periódico "El Nacional", que dirigía don Gregorio Aldasoro. En 1895 publicó una atrevida novela, *El Bachiller*, que produjo enorme revuelo en la literatura de ese tiempo, y le sirvió de escalón para su futura fama. Sin embargo, este trabajo no le evitaba situaciones económicas difíciles.

No obstante su labor periodística en "El Nacional", Nervo no lograba la situación literaria a que aspiraba.

Una ceremonia en homenaje a Gutiérrez Nájera, con motivo del

primer aniversario de su muerte, le dió la oportunidad que deseaba. En ese acto leyó una elegía que obtuvo un éxito clamoroso. Terminada la lectura, Nervo fué muy felicitado por todos los primates de la literatura, que lo oyeron con mucha simpatía. Se repitió así, algo parecido al caso de José Zorrilla con los versos que recitó ante la tumba de Larra.

En 1895 publicó, como ya se ha dicho, *El Bachiller*, su primer libro en prosa. Nervo dice con este motivo lo siguiente:

“*El Bachiller*, por lo audaz e imprevisto de su forma y especialmente de su desenlace, ocasionó en América tal escándalo que me sirvió grandemente para que me conocieran. Se me discutió con pasión, a veces con encono; pero se me discutió, que era lo esencial. *El Bachiller* fué traducido más tarde al francés, por Vanier, el editor de Verlaine con el título “*Origène*”. En 1898 el nombre del poeta volvió a la escena con la publicación de su libro *Místicas* que al mismo tiempo de consagrarlo como poeta, le valió una excomunión decretada por el obispo de Tepic, Monseñor Ignacio Díaz. El texto que ocasionó esta sanción fué un poema intitulado “*Raffinement*”, escrito en francés, y que el autor suprimió en las ediciones posteriores de su obra. Más tarde ingresó a la redacción de “*El Mundo Ilustrado*”, de propiedad de Rafael Reyes Spíndola, de donde pasó a un nuevo diario, de propiedad del mismo editor, titulado “*El Imparcial*”. En esa época ganaba sesenta pesos mensuales, que entonces el poeta encontraba una suma fabulosa.

En 1900 partió a Europa, como corresponsal de “*El Imparcial*”, para informar sobre la exposición Universal de París. Este viaje bohemio sin penas, ni luchas, ni dinero, le ayudó mucho a completar su educación artística. Llegó a París una mañana, con su pipa en los labios y con sólo unos cuantos francos. Se alojó en una habitación de obrero en el interior de un pasaje; usaba una barba descuidada. —“Voici Mr. le Christ” —le decían las grisetas del pasaje; y en realidad, tenía la cara de un Cristo medieval, de rostro patinado. Aquí escribió el poema del Agua, según dicen, inspirado en el ruido de la lluvia, en el zinc, que servía de techo a su habitación. La

miseria de aquellos meses, dice también Díaz Dufoo, minaba lentamente su salud, pero no sus fuerzas. Nadie sabía de los dolores que le aquejaban. Fué un secreto que pagó con su vida. Era Nervo un gran espíritu, en un cuerpo demasiado frágil. Al partir de viaje, el poeta contrajo el compromiso de no escribir sino para el periódico que lo enviaba. Sin embargo, remitió dos artículos a la revista "El Domingo" que se publicaba en Guadalajara. Por este motivo perdió su empleo de corresponsal, pues el director de la revista contrariado con esto, le reclamó por correo a Nervo, quien contestó en síntesis, diciendo solamente:

"Mi talento no puede ser esclavo de nadie", y entró entonces al servicio del millonario mexicano Miguel Bringas, con un sueldo de quinientos francos mensuales.

En este período, trabó amistad con Rubén Darío, y vivieron juntos en un pequeño local, situado en el Faubourg Montmartre. En el verano de 1901, mes de agosto, ambos amigos —según el relato de Hernán Rosales— paseaban por uno de los *boulevards*, cuando vieron dos muchachas muy graciosas y simpáticas. Nervo y Darío eran de carácter tímido, y no se atrevieron a entrar en una conversación con las chicas, quienes, a pesar de todo, encontraron manera de hacerles saber que volverían al día siguiente. Los dos poetas regresaron a casa encantados con las muchachas y preocupados de encontrar la forma de entrar en relaciones con ellas. Contaron el caso a su amigo Alfredo Ramos Martínez, pintor mexicano, que llegó más tarde a dirigir la célebre Academia de San Carlos. Este les expresó que él conocía a las muchachas y se ofreció para presentárselas. Al día siguiente los acompañó al lugar convenido y cuando vió venir a las encantadoras paseantes, se adelantó gentilmente hacia ellas y les expuso el deseo de sus amigos, sin que éstos oyeran la conversación. Luego los llamó e hizo las presentaciones correspondientes. Durante la conversación, los galanes se impusieron de que ambas eran hijas de un teósofo que tenía una librería especializada en ciencias ocultas en el barrio de Montmartre. Los dos amigos se apresuraron a declararse iniciados en dichas ciencias. Nervo empezó

a hablarles de misterios indostánicos, dejando deslumbradas a sus acompañantes. Se convino entonces que ambos llegarían con las muchachas hasta muy cerca de la librería para permitirles entrar solas y esperar a sus recientes amigos que se presentarían como compradores de obras de teosofía. Se hizo como estaba convenido y los dos poetas pidieron libros que resultaron desconocidos, por lo cual fué necesario llamar al padre de las vendedoras para que resolviera la dificultad. Los dos tímidos amigos habían adquirido entretanto una inesperada audacia y empezaron a hablar sobre ocultismo, en forma que se ganaron la confianza del librero, quien llegó en su entusiasmo hasta poner la librería a disposición de sus dos nuevos clientes e invitarlos a las sesiones teosóficas que él mismo presidía.

Nervo y Darío regresaron felices a su casa y relataron lo ocurrido al pintor Ramos Martínez, quien les había hecho el servicio de la presentación. Ambos le acosaron a preguntas acerca de cómo y en cuáles circunstancias había él entrado en relaciones con ellas. El pintor, agobiado por las interrogaciones, se vió en la necesidad de confesar que no las había visto jamás antes del momento de la presentación. Así fué, según el relato de Hernán Rosales, cómo Nervo, el 31 de agosto de 1901, encontró por primera vez a Ana Cecilia Luisa Daillicz, "Que era llena de gracia como el Ave María, quien la vió no la pudo ya jamás olvidar", y que sería más tarde la más honda pasión del poeta, pasión que llena de encantadora y desesperada melancolía, las páginas de la *Amada Inmóvil*.

El relato de Rosales no coincide con lo que sobre su encuentro con Ana, dice Nervo, en el prólogo de *La Amada Inmóvil*. "La " noche de París que la conocí —relata el poeta—, el 31 de agosto " de 1901, yo iba en busca de una muchacha del barrio latino, con " quien me permitía matar el tiempo por aquel entonces, y a raíz " de grandes contrariedades, no tenía para mí más que tedio. La " muchacha no acudió a la cita y la mano misteriosa que teje los " destinos, nos puso a Ana y a mí, frente a frente. Ella paseaba con " una hermana y según supe después, había salido aquella noche " impulsada con un tedio tan grande como el mío. Ella también

“ tenía dolores y su hermana solícita, angustiada de verla llorar en  
“ el rincón de su casa, le insistió para que saliese. —“Si, tu restes —le  
“ dijo—, tu deviendras folle”. Ella se dejó convencer. El arcano iba  
“ a arrojarla en mis brazos. Un minuto más o menos y no nos hubié-  
“ ramos encontrado. Pero estaba escrito. Nuestra simpatía fué inme-  
“ diata; mas, a pesar de ella la almita ingenua y temerosa, se resistía  
“ a entregarse. La vida había sido hosca con ella y tenía miedo. “Yo  
“ no soy una mujer para un día” —me dijo enérgica; pero son-  
“ riente. —Pues, ¿para cuánto tiempo? —“Para toda la vida”. El  
poeta respondió: “Está bien”; y fué en realidad para toda su vida.

En 1904 Nervo regresó a su patria para rendir examen de ingreso al servicio diplomático, dejando a Ana en París. A poco de llegar recibió de ella un cable en que le anunciaba su venida. El poeta preparó discretamente el hogar donde habría de recibirla y allí vivió con ella oculto a los ojos de todos.

En 1905 rindió los exámenes con brillantes resultados e inmediatamente fué designado segundo secretario en la Legación en Madrid.

En diciembre del mismo año, hallándose en el desempeño de su cargo, falleció su madre doña Juana de Ordaz. Este acontecimiento significó para Nervo un golpe del que tardó en reponerse. Durante tres días estuvo aislado en su habitación sin siquiera comer. su obra *En Voz Baja*, publicada cuatro años más tarde, está dedicada a su madre. “Madre —dice el poeta—, los muertos oyen mejor; sonoridad celeste hay en su caja. A ti, pues, este libro de intimidad de amor, de angustia y de misterio, murmurado en voz baja...”

Las alternativas de la revolución mexicana, que puso término al gobierno de Porfirio Díaz, en mayo de 1911, dejaron a Nervo fuera de la carrera diplomática a fines de ese mismo año.

Este hecho lo colocó en una situación de extrema dificultad, hasta el punto de que sus amigos españoles se propusieron ayudarlo, obteniéndole una pensión que le pagaría el Estado español mientras persistiera la situación que la había motivado.

El poeta agradeció, en una hermosa carta, esta muestra de la generosidad de España; pero la rechazó gentilmente prefiriendo afrontar la pobreza con filosófica serenidad.

En medio de las angustias e incertidumbre de la nueva situación, cayó sobre Nervo una tremenda desgracia que le llevó casi al suicidio, acto que rechazó sólo por el temor de que la autodestrucción de su cuerpo le acarrearla la imposibilidad de volver a encontrar a su amada en la vida que sigue más allá de la muerte.

La pérdida de la mujer que había llenado de amor la vida del poeta colmó su alma de amargura, de zozobra y de desesperanza. Una idea que especialmente torturaba su espíritu era el temor, o más exactamente, la certeza de que el recuerdo de Ana se iría apagando lentamente en su memoria. Refiriéndose a las palabras de consuelo o a las cartas de condolencias que le dirigían sus amigos, dice en el prólogo de la *Amada Inmóvil*: "Y mis entrañas sangran al oírlas y al leerlas y experimento inefable angustia porque yo también sé que irrevocablemente tengo que consolarme; que ni siquiera puedo aspirar al privilegio de llorar mientras viva, a mi muerta".

Tres años y medio más tarde, el 28 de julio de 1916, fué reincorporado al servicio diplomático como primer secretario Encargado de Negocios *ad interim* en España. El 13 de agosto de 1918, Venustiano Carranza le designó Ministro Plenipotenciario en Argentina y Uruguay.

A la época de este nombramiento, la salud del poeta estaba ya resentida, hasta el punto de que se vió obligado a retardar por algunos días la partida para tomar posesión de sus cargos.

En Buenos Aires estuvo poco tiempo y luego se dirigió a Montevideo, para la presentación de sus credenciales. Al salir de Argentina parecía estar en perfectas condiciones de salud; estaba ágil y muy animoso, comía bien y con frecuencia hablaba con Enrique Freysman, secretario de la Legación, de una señorita Perla Gaunet, que cantaba y recitaba obras del poeta. Según Hernán Robles al salir de Buenos Aires, Nervo solicitó de la señorita Gaunet una fotografía, que ésta le obsequió con una dedicatoria en que le recor-

daba su promesa de no olvidarla. Añade que durante sus últimos días, Nervo pedía diariamente que le abrieran las ventanas de su cuarto, para que entrara el sol y le dieran la fotografía de Perla para tenerla entre las manos.

El 18 de mayo, en Montevideo, mientras presidía el Congreso Americano del Niño, sufrió el mortal embate de la uremia, después de un gran banquete en el cual él fué el único hombre, pues las señoras pidieron para festejarlo, que el almuerzo fuese sin maridos y sin amigos. Más tarde, el 21, reaccionó levemente y contaba con volver el 24 a su Buenos Aires; pero la enfermedad fué en rápida marcha. Rosales afirma también que el escultor Zorrilla de San Martín, que hizo la mascarilla del poeta, se empeñó en hacer que el enfermo se confesara a lo que éste accedió.

Tal afirmación se apoya en la declaración de Zorrilla, publicada en la "Gaceta de Bilbao" el 7 de agosto de 1919, y en la del diplomático peruano Víctor Andrés Belaunde, Ministro en ese tiempo en Montevideo y que acompañó a Nervo hasta el último momento de su vida. La declaración del señor Belaunde, apareció en la "Gaceta del Norte", que se publicó en Bilbao en agosto de 1919.

Amado Nervo murió el 24 de mayo de 1919 a las 9.37 de la mañana, a la edad de 48 años, en medio de la consternación de sus amigos. Sus últimos momentos estuvieron inspirados en una viva religiosidad y expiró oprimiendo contra su pecho el crucifijo que había llevado siempre consigo, como regalo de su hermana monja.

Los funerales del poeta revistieron una solemnidad extraordinaria. El Presidente del Uruguay presidió el duelo; las banderas a media asta y el retumbar del cañón, en todo el día 26, proclamaron el luto nacional del país hermano; sus legisladores le discernieron honras de Ministro de Estado, como a "el Príncipe de los poetas continentales" y "el más grande lírico de América"; y en medio de veinte oraciones fúnebres, la gran voz de Zorrilla de San Martín —resumen del pensamiento continental— extrajo de su corazón las palabras mejores para despedir a "el poeta bueno, el amable y melodioso amigo", interpretando "el misterio de esas lágrimas, que, sin

daros cuenta de cómo ni por qué, habéis sentido filtrarse en vuestros corazones, porque Amado Nervo, el buen poeta, se murió"... Más tarde, para restituirlo a su tierra, la fragata "Uruguay", escoltada por sendas naves de Argentina y de Cuba, nos lo trajo, cubierto por sus pabellones sagrados, en un cortejo fúnebre de oceánica solemnidad, al que se iban adhiriendo —tales Venezuela y Brasil— los otros pueblos cuyas aguas cruzaban. Y México, por fin, envió a su encuentro, a La Habana, el buque escuela "Zaragoza", y tras honras incomparables, desde el 10 de noviembre, que llegó a Veracruz, lo condujo el 14 a la Rotonda de los Hombres Ilustres, entre un coro palpitante de 300,000 almas, hasta el soberbio sarcófago, obsequiado por el Uruguay y esculpido por José Luis Zorrilla de San Martín, constituyendo todo ello "un insólito homenaje, sin precedentes en los fastos de América".

#### 4.—NERVO EN LA VIDA DIARIA

Uno de los biógrafos describe al poeta como sigue: "Su figura era escuálida; su estatura mediana; largas las piernas; huesudo el busto, su rostro terso y de amarillenta palidez; la nariz angulosa y delgados los labios. Su cabeza lucía una melena oscura y lacia. Vestía levitón negro de corte clerical y usaba sombrero de seda. Su aspecto era el de un seminarista provinciano. Tenía unas manos curiosas, pues sus dedos eran casi todos del mismo tamaño. No atraía por sus rasgos físicos sino por la expresión de su rostro. Cuando hablaba se iluminaba. Sus ojos, de reflejos cambiantes y de una profunda penetración, se hacían cómplices de su entusiasmo y transmitían la intensidad de su sentir.

"La conversación de Nervo era extraordinariamente atrayente. En todos los salones se veía rodeado de grupos que deseaban escuchar sus comentarios. Sus ademanes eran rápidos, su mímica nerviosa en manifiesto contraste con su sonrisa bondadosa y algo triste, y sobre todo con su mirada dulce y vaga. Fué un gran conversador, ameno, divagador, distraído y con frecuencia humorista. No tenía, a pesar

de todo esto, condiciones de recitador; pero hacía triunfar sus poemas por cierto encanto familiar que sabía poner en sus palabras. Al hablar, sus manos largas acompañaban armoniosamente las inflexiones de su voz y el fluir de sus pensamientos.

“La mayoría de su auditorio era formado por mujeres que llegaban a fatigarle con atenciones que se convertían frecuentemente en majaderías. La inteligencia del poeta despertaba admiración; y la sencillez de su trato, simpatía. Era siempre amable, comprensivo y humano. Tenía gran afición al baile y a coleccionar *bibelots*, y en contraste con su melancólico romanticismo amaba la buena mesa. En el prólogo de la *Amada Inmóvil*, relata sus paseos con Ana por las calles de Londres, París, Bruselas, a caza de un gracioso *bibelot* o en busca de los perfumados rincones de los restaurantes “donde —dice el poeta— los *gourmets* de buena cepa como nosotros compensaban tantas acritudes de la vida...”

Desde los primeros años de la adolescencia, la mujer constituyó para Nervo una obsesionante preocupación. Su temperamento sensible, excitado por una imaginación extraordinariamente viva, le creaba terribles problemas de conciencia y despertaba en su espíritu angustiosos y mortales escrúpulos. A los quince o dieciséis años, cuando era estudiante de física, apenas divisaba desde lejos en la calle la figura de una mujer, empezaba a tomar medidas de seguridad contra el peligro que se acercaba; bajaba los ojos y con la mirada sólidamente clavada en tierra cruzaba frente al gran enemigo de las virtudes que deseaba alcanzar. Pero cierto día, posiblemente por descuido, no alcanzó a tomar las precauciones convenientes y miró a una chica de doce años llamada Lola. No tardaron en aparecer en el poeta los síntomas de un enamoramiento agudo: intranquilidad general, llantos sin motivo aparente, suspiros, desesperación, etc. Para salir de esta situación el poeta adolescente se decidió a escribir una carta a su amor que procuró entregarla personalmente. La chica se resistió a recibirla, pero, más tarde, ante una segunda carta, cedió; y el inflamado documento, después de una trayectoria desconocida, fué a dar a manos del rector del Seminario. El joven estudiante se

vió inesperadamente llamado por el rector, quien le hizo reflexiones acerca de que Lola era todavía una muchacha, y de que a él le faltaba mucho para llegar a ser hombre y, en consecuencia, se imponía terminar definitivamente estas relaciones, que no podían sino causar molestias a su familia y a la muchacha misma. El joven, como es natural en estos casos, rechazó con desesperada vehemencia la cruel solución que se le imponía y durante largo tiempo su aflicción no parecía tener límite alguno. Todas las terribles angustias de su espíritu dolorido por este primer fracaso se vaciaron en las páginas de *Mañana del poeta* y en versos y poemas de aquella época. En las páginas autobiográficas publicadas con el nombre que se acaba de indicar, el poeta compara su amor con el de Dante por Beatriz, el de Petrarca por Laura, el de Tasso por Eleonora y el de Espronceda por Teresa, y dice —refiriéndose a Lola— “Yo la inmortalizaré. El resto de mis obras quizás muera en el olvido, pero este libro dedicado a su amor y a su recuerdo, este libro escrito con lágrimas del alma, este libro inspirado por la pasión más grande de la vida, no morirá, no puede morir”.

Pero, finalmente, Lola no se interesó por la inmortalidad y prefirió casarse con un señor Méndez, transformándose así en doña Dolores Arceo de Méndez.

En su vida sentimental, era en extremo reservado, como lo debe ser todo hombre de verdad. Sus relaciones con Ana, que duraron once años y meses, no fueron conocidas, sino apenas adivinadas por la perspicacia de pocos amigos. El poeta recuerda esto en el prólogo de la *Amada Inmóvil*. “Acaso nadie en el mundo —dice— sabía nuestro secreto. Aparentemente yo vivía solo y muy raro debió ser el amigo, cuya perspicacia adivinara al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí sólo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra”. En realidad, el secreto estuvo tan bien guardado que cuando apareció entre los poemas de *Serenidad*, publicado en 1914, el poema “Ofertorio” nadie entendió a quién se refería. Ese poema que fué posteriormente reintegrado al texto de *La Amada Inmóvil*, dice como sigue:

*Dios mío, yo te ofrezco mi dolor;  
es todo lo que puedo ya ofrecerte  
Tú me diste un amor, un solo amor.  
Un gran amor... Me lo robó la muerte  
¡Y no me queda más que mi dolor!  
¡Acéptalo, Señor!...  
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...*

Pero este secreto le resultó perjudicial en los días de la enfermedad de Ana, hasta el extremo que tuvo que revelarlo a su jefe para obtener que le permitiera salir de su oficina cuando el trabajo esencial hubiera terminado y poder llegar a la cabecera de su amada una hora antes de lo habitual. “Por fin, un día —dice el poeta— ya fué imposible el fingimiento, y, a pesar de que mi enfermita me insinuaba: “No le digas nada, *mon mignon*”... dejé caer en manos de mi superior inmediato mi ingenuo secreto de tantos años para tener el derecho a escapar de la Cancillería”.

Nervo se complacía especialmente en la compañía de las mujeres y en los salones le gustaba rodearse de su pequeña corte de admiradoras. Pero por un sentimiento que puede haber sido muestra de timidez o de desgano para entrar en lucha por la admiración femenina, no le agradaba que otros hombres se mezclaran a los grupos ocasionalmente formados a su alrededor; y en los casos de que esto ocurría, Nervo sabía buscar un pretexto para retirarse discretamente.

Nervo fué un admirador de la mujer y fué y es admirado por ellas. Pero la admiración que sentía el poeta parece haber sido limitada al campo sentimental y afectivo. Entre los papeles encontrados después de su muerte figura el manuscrito de una conferencia que debía dar en Buenos Aires sobre el tema: “La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo”. Su opinión es que la mujer actual, y de todos los tiempos, ejerce o ha ejercido un imperio indiscutible sobre el hombre y la formación de la cultura. Este imperio de la mujer, que ya fué constatado por Salomón cuando dijo: “La mujer te llevará a donde quiera con un solo cabello de su cabeza”

es un imperio al cual no pueden añadir nada, los derechos políticos, sociales y económicos a que aspira la mujer moderna.

“La mujer —añade el poeta— es la sola colaboradora efectiva de Dios, Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles”. Esta apreciación del papel que corresponde a la mujer fué anteriormente expresada por Nervo en un artículo sobre la emancipación de la mujer mexicana, publicado en 1896, y en el cual después de comentar humorísticamente los trastornos que ocasiona la participación de la mujer en los trabajos de una oficina administrativa concluye diciendo: “Decididamente, somos aquí muy enamorados para emancipar mujeres”.

### 5.—EL ESPIRITU DEL POETA EN SUS OBRAS

La obra de Amado Nervo se contiene en 30 volúmenes escritos en los 48 años que duró su vida. Las tres cuartas partes de su producción la forma su prosa; el resto está compuesto por setecientos y tantos poemas, incluídos recientemente en ediciones de sus obras completas.

No obstante la intensa variedad y riqueza de su obra en prosa, Nervo alcanzó su renombre en el dominio de la poesía. Yo habría deseado dar una rápida ojeada a su prosa que es muy interesante y su estudio apoyaría mis conclusiones sobre “su misticismo” que yo discuto en este estudio; pero me alargaría demasiado y solo citaré en el momento oportuno lo más indispensable. Ahora, seguiré estudiando al poeta.

En general toda la producción de Nervo se mueve dentro de la línea del romanticismo modificada por la tendencia que se denominó “modernismo”, constituída por elementos venidos principalmente del gongorismo, a través de Gutiérrez Nájera y del simbolismo francés.

En este ambiente general, la evolución de la poesía de Nervo muestra diversas etapas que ya han sido señaladas por la crítica. Las obras de los primeros años llevan manifestaciones muy notorias de

las influencias literarias, propias de la época, no obstante la personalidad del poeta. Corresponden a este primer tiempo los cinco volúmenes de poesía publicados entre 1898 y 1905, o sea, por orden cronológico: *Perlas Negras*, *Poemas*, *El éxodo y las flores del camino*, *Lira Heroica* y *Jardines Interiores*.

Cuatro años más tarde aparece *En voz baja*, publicada en 1909, y que constituye la afirmación de una tendencia, que había comenzado tiempo atrás en el espíritu del poeta y que le llevaba a un análisis más profundo de su vida interior; y como consecuencia, a una simplificación de su lenguaje que se hace más transparente y adecuado para la expresión de sus emociones. El mismo Nervo se da clara cuenta de este proceso evolutivo y en el prólogo que puso a su antigua obra *Pascual Aguilera*, dice refiriéndose a las épocas en que escribió esa novela “*In illo tempore* . . . amaba yo los períodos extensos, los giros pomposos, el léxico fértil y me enamoraban las ideas revolucionarias, por el simple hecho de serlo”.

Posteriormente, en su artículo titulado “La lengua y la literatura”, escrito en 1907, decía: “Pasada la tormenta romántica, el desordenado, el incontenible aguacero de imágenes, de adjetivos, de antítesis opulentas, de hiperbatones modosos, de sinónimos matizados, todos hemos vuelto a convenir en que la condición por excelencia, de un bello estilo, debe ser la sobriedad”.

Rubén Darío dice de Nervo, después que publicó *Serenidad*: “Ha llegado el poeta a uno de los puntos más difíciles del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos”. El biógrafo González Peña, agrega: “Sabe al fin y al cabo, lo que quiere y cómo quiere; no le empujan las palabras, se ha enseñoreado de ellas”. Yo me permito afirmar que siempre he pensado como Nervo: que es mucho más difícil decir cosas grandes, y profundas en lenguaje sencillo, que cosas triviales o insignificantes con adjetivos pomposos y rebuscados.

Y es curioso que Nervo empezara por donde terminan los poetas del tiempo actual, y después de probar el idioma complicado y de dominarlo, volviera a la sencillez y a la sobriedad.

La tercera etapa de la obra de Nervo la constituye la culminación de las tendencias manifestadas en el segundo período. Y así como *En Voz Baja* dedicado al recuerdo de su madre, marca ese segundo período, este tercero tiene como símbolo *La Amada Inmóvil*, dedicado a la memoria de su gran amor, Ana Cecilia Dailliez. El poeta ha llegado a la región de la serenidad por el camino del renunciamiento. Los seres queridos que partieron ya hacia lo desconocido le tienden sus manos invisibles desde el otro lado del insondable abismo, y el poeta fija sus ojos en la oscuridad para descubrir los signos con que sus muertos le hablan y hace el silencio en su corazón, para que sus oídos puedan recoger el vago rumor del misterio.

El ambiente religioso en que se desarrolló la infancia y la juventud de Nervo, marcó definitivamente su sensibilidad, y proporcionó a su naturaleza romántica una serie de elementos emocionales que han dado a gran parte de su obra poética un aspecto especial, que ha llevado a muchos a considerarle como un poeta de inspiración mística. El mismo Nervo se da la calificación de "poeta místico" en la carta que dirigió a Luis Antón del Olmet, para agradecer y rechazar la ayuda que algunos amigos trataban de obtener del gobierno de España, a raíz de que la revolución mexicana le dejó fuera del servicio diplomático. "Yo, como Azorín —dice la carta—, soy un pequeño filósofo, y los pequeños filósofos vivimos con muy poco, y hasta tenemos cierto amor a la austeridad, que es una de las grandes virtudes de la raza y que no sienta mal, por lo demás, a un poeta místico". Indudablemente, Nervo tuvo un espíritu religioso y su pensamiento concebía el universo y la vida del hombre en relación con la idea de Dios. Pero, tal situación espiritual está muy lejos de presentar los caracteres específicos del misticismo; porque el misticismo no es una simple forma de expresión de determinadas creencias religiosas, sino que importa un estado extraordinario de perfección espiritual que lleva al individuo a desentenderse de las cosas e intereses materiales, subordinando la vida entera a la consecución de un acercamiento y fusión de su alma en Dios.

Lo inadecuado del calificativo de místico, aplicado a Nervo,

resalta fácilmente si se recuerda quienes fueron escritores místicos: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Gerson, a quien se atribuye la imitación de Cristo; San Francisco de Asís, San Buenaventura, Santa Catalina de Sena, etc.

En realidad, Nervo, no tiene ni en sus obras ni en su vida privada nada de auténticamente místico. Fué solamente un poeta creyente y romántico, que encontró en la religión o en la liturgia metáforas y otras figuras que su extraordinaria sensibilidad sabía asociar fácilmente a cosas o sentimientos mundanos. Así, por ejemplo, cuando las gracias que adornaban a su querida Ana, le hacen recordar una frase del Ave María, y dice entonces: "Era llena de gracia como el Ave María, quien la vió no la pudo ya jamás olvidar", etc. Esta admirable imagen, como tiene muchas otras similares en su obra, no revela ningún sentimiento místico, sino únicamente el empleo hábil de un artificio decorativo religioso para un fin no religioso. Dentro de esta misma clase de recursos sentimentales, puede recordarse el poema "Un Padre Nuestro por el alma del Rey Luis de Baviera" en el que, al final de cada una de las estrofas repite la frase "Padre Nuestro que estás en los cielos".

En los 33 poemas que forman su obra *Místicas*, obra que le dió gran fama al poeta, hay invocaciones a Dios y a Jesús para que le libren del atractivo del pecado, del cual no puede liberarse por sí sólo. El poema "Delicta Carnis", por ejemplo, dice:

*Carne, carne maldita, que me apartas del cielo;  
carne tibia y rosada que me impeles al vicio,  
ya rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo,  
por vencer tus impulsos y es en vano ¡te anhelol  
a pesar del flagelo y a pesar del cilicio, etc., etc.*

En esta misma colección figuró también el poema "Raffinement" que motivó la excomunió del poeta, según sus biógrafos, poema en el cual se mezclaba un violento amor físico con actos de la vida

religiosa de una monja. Quién haya leído este poema; tiene que constatar que estos sentimientos no pueden calificarse de místicos, si se desea conservar, al concepto de místico, su verdadero y propio sentido. En los poemas del libro *Místicas* puede encontrarse una aspiración a una vida virtuosa que es propia de un espíritu selecto que se ha nutrido de principios religiosos y que se siente víctima de escrúpulos, en la lucha entre estos principios y la fuerza amenazante de los instintos naturales.

El supuesto misticismo de Nervo pudo haberse manifestado, cuando escribió sobre un tema, que, sin referirse a una escritora mística propiamente tal, abordaba un asunto de predominante colorido religioso, como ser la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz. Escribió en esa oportunidad una obra erudita, amena, adornada de otros innegables méritos literarios y llena de cariño por la protagonista; pero no hay impulsos místicos en sus comentarios o reflexiones.

En realidad, Nervo siente amor por Juana, la admira como a una mujer extraordinaria que acaso él hubiera querido tener entre sus brazos, como a la monja del poema "Raffinement". Su entusiasmo va más a Juana de Asbaje que a la religiosa Sor Juana Inés de la Cruz. El mismo nombre de la obra es ya un indicio que parece revelar su sentimiento íntimo. Nervo escribió la vida de una mujer que se llamó Juana de Asbaje. Este punto de vista parece encontrar también confirmación en las palabras iniciales de una conferencia que sobre Juana, dió el poeta en Madrid en 1910. "Empiezo —dijo en aquella ocasión— dandoos mis más rendidas gracias por vuestra asistencia. He deseado que vinieráis, porque se trata de exaltar y glorificar a una de las más extraordinarias mujeres que han pasado por nuestra raza y mi primera galantería, para con ella (para con su ánima luminosa), debía ser congregarle aquí, un auditorio tan selecto y distinguido como vosotros".

El espíritu de Nervo estuvo siempre indeciso entre Dios y el mundo, lo que le quita indudablemente, la calidad de místico, que él mismo se atribuyó. Tres años antes de morir decía: "Si tú

“ me dices: Ven, lo dejo todo... No volveré siquiera la mirada para  
 “ mirar a la mujer amada... pero dímelo fuerte, de tal modo que  
 “ tu voz como toque de llamada, vibre hasta en el más íntimo  
 “ recodo del ser, levante el alma de su lodo y hiera el corazón como  
 “ una espada. Si tú me dices, ven, todo lo dejo. Llegaré a tu santua-  
 “ rio casi viejo y al fulgor de la luz crepuscular; mas he de compen-  
 “ sarte mi retardo difundíendome ¡Oh Cristo! como un nardo de  
 “ perfume sutil ante tu altar”. Sería una tarea excesivamente vasta  
 analizar la obra de Nervo en cada uno de sus varios aspectos. Pero  
 para la exactitud del cuadro, dentro de los límites de esta exposición,  
 basta detener la atención en las direcciones fundamentales hacia las  
 cuales se dirige su sensibilidad. Los centros de gravitación de sus  
 preocupaciones poéticas la constituyen los grandes problemas del  
 amor, de la muerte y la idea del retorno a la vida.

El amor, el ideal y el arte son para Nervo un presentimiento  
 del infinito como lo expresa en su relato “El Domador de Almas”.  
 Pero, también en el mismo texto se encuentra la siguiente afirmación:  
 “El hombre, en realidad al amar a una mujer, no ama en ella más  
 “ que lo que él le da de ilusión, de belleza. Se ama pues a sí mismo,  
 “ amándola a ella y deja de amarla cuando la ha desnudado de  
 “ aquel atavío con que la embelleció primero. En cuanto a la mujer,  
 “ se enamora del amor que inspira, esto es, de sí misma también”.

Sería difícil decidir acerca de cuál de estas dos maneras de en-  
 tender el amor, predominó en la vida sentimental de Nervo, porque  
 él guardó celosamente, con un muro de silencio, su intimidad afectiva.  
 Es posible que ambas formas de sentimiento se hayan distribuído,  
 sin lucha, el dominio de su corazón. Pero lo único cierto es que  
 Nervo hizo del amor un verdadero culto religioso, en el que cabían  
 todas las formas, desde el sosegado y tranquilo afecto filial, hasta  
 la pasión que arrastra en su corriente incontenible los cuerpos y las  
 almas para entrar en otros momentos en remansos de quietud ilumi-  
 nados por la pálida claridad del romanticismo. El primer amor del  
 poeta, a los diez años, está relatado en las páginas autobiográficas  
 del volumen *Mañana del poeta*. Fué una pasión huracanada que so-

plaba su aliento de fuego devastador sobre su alma juvenil; un torrente de lava hirviente que pasó cerca de la mujer que lo provocaba, una muchacha de doce años llamada Lola, sin que lograra alterar su glacial indiferencia. Nervo se desespera, casi enloquece y grita su pasión durante cuatro años. Al fin, el delirio se va apaciguando. El poeta desalentado contempla las ruinas de sus ilusiones y decide desprenderse de esta angustia que le impide marchar hacia el porvenir.

Terminado este turbulento episodio sentimental, el alma del poeta queda para siempre desconfiada y temerosa ante los sufrimientos que acarrea la pasión. Muchos años después, el recuerdo de este dolor proyectaba aún una sombra triste sobre su espíritu. Una mujer, cuyo nombre nadie supo jamás, pasó cerca de él y su corazón volvió a inflamarse de repentina pasión. El poeta relata:

*Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!  
¡Qué rubios cabellos de trigo garzull!  
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza de porte!  
¡Qué formas bajo el fino tul!  
Pasó con su madre. Volvió la cabeza,  
¡me clavó muy hondo su mirada azul!  
Quedé como en éxtasis... con febril premura.  
“¡Síguela!” gritaron cuerpo y alma al par...  
Pero tuve miedo de amar con locura,  
de abrir mis heridas que suelen sangrar,  
¡y no obstante toda mi sed de ternura,  
cerrando los ojos, la dejé pasar...!*

Entretanto había llegado a la vida de Nervo el gran amor de Ana Luisa Daillez que fijó los sentimientos del poeta. “Yo gocé —dice en el poema “Gracia Plena”— el privilegio de encontrarla en mi vía dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar, y cadencias arcanas halló mi poesía”.

Su identificación espiritual con la amada se hizo cada vez más perfecta a lo largo de una convivencia de más de diez años. El poeta recuerda esta maravillosa unidad en el poema "Más que yo mismo" de *La Amada Inmóvil*. La primera estrofa dice:

*¡Oh vida mía, vida mía!  
agonicé en tu agonía  
y con tu muerte me morí!  
¡De tal manera te quería  
que estar sin ti, es estar sin mí!*

Luego en el poema "Gracia Plena" ya citado, añade:

*¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fué mía;  
pero flores tan bellas, nunca pueden durar.  
¡Era llena de gracia, como el Avemaría,  
y a la Fuente de gracia, de donde procedía  
se volvió... como gota, que se vuelve a la mar...!*

El desaparecimiento de los dos seres que polarizaron por decirlo así, la vida afectiva de Nervo, su madre y Ana, dejó cada uno de ellos su huella en la obra del poeta. La muerte de su madre, Juana de Ordaz en 1904, fué un golpe que hirió profundamente su espíritu sensible. Sus pensamientos se dirigieron especialmente hacia la esperanza de recobrar más allá de la tumba el cariño perdido aquí en la tierra. Su lenguaje se hizo suave y apacible; su expresión, se despojó de las inútiles galas de la retórica de otros tiempos y todos sus sentidos parecieron afinarse, para descubrir en las sombras, la presencia de la que se hizo invisible por la muerte.

En 1909 apareció su volumen de poemas *En Voz Baja*, dedicado a la memoria de su madre. En ellos la apasionada agitación de sus sentimientos va aquietándose. Una creciente y resignada melancolía se derrama, como una leve niebla azul, en sus poemas. Su espíritu

aparece como convaleciente de una grave y larga dolencia. Todo el dolor que fué cayendo sobre su sensibilidad en los días pasados, parece condensarse en su alma que ahora murmura sus angustias en voz baja.

En realidad, la expresión "en voz baja" puede considerarse, no sólo como el título de una obra, sino como la expresión de una orientación estética que lleva a buscar la profundidad del sentimiento y la sinceridad de su expresión directa, como en una confidencia destinada a un oído amigo.

Amado Nervo, agobiado de soledad, desea romper la barrera del misterio que le oculta la región donde su madre le espera. Su pensamiento sube hasta Dios, como una súplica y como una interrogación. La voz del poeta dice:

*En vano entre las sombras mis brazos siempre abiertos  
asir quieren tu imagen con ilusorio afán.*

*¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!  
¡Oh Padre de los vivos! ¿a dónde van los muertos,  
a dónde van los muertos, Señor, a dónde van?...*

*¡Oh, Dios. Me quiso mucho; sus brazos siempre abiertos  
como un gran nido, tuvo para mi loco afán!*

*Guiad hacia la vida sus pobres pies inciertos...*

*¡Piedad para mi muerta! ¡Piedad para los muertos!  
¿A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?...*

La idea de este retorno a otra vida donde nos esperan los seres queridos que partieron antes que nosotros, se hace más profunda después de la muerte de Ana. El concepto de la vida se va acercando al de la muerte hasta hacerlos coincidir de manera que cada instante que vivimos es, al mismo tiempo, un instante que nos aproxima a la muerte. En realidad, simultáneamente con vivir, nos estamos muriendo a cada instante, sin que sea posible separar este doble aspecto de lo que llamamos nuestra existencia. Nervo expresa esta idea en

un breve poema de diez versos que tiene título en inglés y cuyo texto está escrito en francés. El poeta, dirigiéndose a la amada le dice que antes que ella entrara en la muerte, cada instante que transcurría llevaba a ambos hacia la separación, o sea, les acercaba al momento en que ella debía morir. Producida ya la muerte de Ana, cada instante que pasa ahora los lleva, en cambio, a la unión de ambos, pues se acerca su propia muerte de él y por lo tanto es la hora de su reunión definitiva.

El poema con el título "Nearer to thee", dice como sigue:

*Avant de t' en aller vers le sombre rivage  
chaque jour, chaque instant, te separait de moi.  
car la barque approchait pour l'éternel voyage...  
Maintenant, chaque jour, nous unit d'avantage.  
je suis tous les instants plus près plus près de toi!  
Aujourd'hui, plus qu'hier, et plus encore demain...  
ainsi, combien de jours, je pense avec moi.  
Qui sait si elle me tend déjà la blanche main  
pour m'aider á franchir son abime lointain...  
Et je me sens plus près, toujours plus près de toi...*

Sin embargo, a pesar de esta fe que lo llevaba a sentirse en cada momento más cerca de su amada, que en el instante anterior, el poeta tenía, en sus largas meditaciones, horas de angustioso desaliento cuando tendiendo su espíritu hacia el alma de su muerta, esperaba en vano que le viniera una señal de su existencia.

Meses después de la ausencia de Ana, una crisis de duda oprime su pensamiento y le arroja en la desesperación. La voz desolada del poeta dice:

*¡Seis meses ya de muerta! Y en vano he pretendido  
un beso, una palabra, un hálito, un sonido...  
Y, a pesar de mi fe, cada día evidencio  
que detrás de la tumba, ya no hay más que silencio.*

*Si yo me hubiese muerto; qué mar, qué cataclismos,  
qué vórtices, qué nieblas, qué cimas, ni qué abismos,  
burlaran mi desco febril y omnipotente  
de venir por las noches a besarte en la frente,  
de bajar con la luz de un astro zahorí,  
a decirte al oído: "¡No te olvides de mí!"  
y tú que me querías tal vez más que te amé  
callas inexorable, de suerte que no sé,  
sino dudar de todo, del alma, del destino  
¡y ponerme a llorar en medio del camino!  
¡Pues con desolación infinita evidencio  
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio!...*

Aquí haré un pequeño paréntesis, para leerles una carta y un poema inédito que Amado Nervo escribió a Eugenio Labarca en París, en contestación a uno en que Labarca le manifestaba sus dudas respecto a Dios. Esto tiene un interés especial, porque no lo conoce nadie y he tenido esta primicia para Uds. gracias a las gentileza de la señora Ana Gómez de Asenjo, que guardaba como un tesoro, esta comunicación que el propio Labarca le entregó poco antes de morir.

"Mi querido amigo, dice. Su carta, me ha conmovido por lo sincera, por lo honda, por el hambre y sed de Dios que hay en ella. Dice Ud. que otras almas en esta tierra de Chile tienen las mismas ansias y la misma sed; esto me regocija por ellas. Quizás con una hora de diálogos, Ud. y yo abriríamos en la noche algunas brechitas de luz; mas ya que la enorme distancia nos lo veda, lea los adjuntos versos que le dirán mi sentir y darán humilde respuesta a sus deseos. Si Dios fuere accesible a las filosofías, ya le hubieran encontrado los sabios. En cambio es accesible al amor...

"El quiere que amemos a nuestros hermanos, sí, pero antes quiere celosamente, de un modo exclusivo, que le amemos a El. Yo procuro ya no preguntar nada; cuando el espectáculo tremendo de la miseria humana me turba, venzo mi turbación con actos de amor. Ya llegará el instante de saber, ¡por ahora es instante de amar!

“Si su alma selecta ensaya sólo esto, se reposará dulcemente en El. Así lo espero. Le envió un cordialísimo saludo.—*Amado Nervo*.— Pronto le enviaré mi libro *Plenitud*”. Hasta aquí la carta, el poema dice así:

*¿Por qué empeñarse en saber  
cuando es tan fácil amar?  
Dios no te manda entender.  
No pretende que su mar,  
su playa, pueda caber  
en tu mínimo pensar.  
Dios sólo te pide amor;  
dále más, con más ardor;  
con más ímpetu... Verás  
como amándole mejor,  
mejor le comprenderás...*

La poesía de Nervo aparece muy distante de las corrientes literarias y de las preferencias estéticas de nuestros días. Más aún, durante su propia vida y en su propio país, las tendencias que surgieron después de la revolución de 1910 relegaron su poesía, como dice José Luis Martínez, “al cuarto sombrío de los escombros vergonzantes de la adolescencia”. Se comprenderá fácilmente, por otra parte, que Nervo no haya podido ejercer una influencia durable sobre los poetas de su tiempo y de los que han venido después.

Se explica esto por la especial orientación de su sensibilidad de carácter religioso, que no es frecuente encontrar y cuya imitación parecería como mero recurso retórico y artificial, desprovisto de la sinceridad fundamental de Nervo.

Las nuevas generaciones han mirado a Nervo y a los otros escritores de su tiempo con “una superioridad tolerante”. Pero tal actitud no aparece justificada porque tanto aquellos escritores, como éstos de hoy que les menosprecian, son productos del medio social existente. Aquellos no han podido ser de otra manera que como fue-

ron. De igual modo los escritores de nuestros días no podrían expresar sus concepciones artísticas de la manera como la expresaron aquellos otros.

La importancia de los escritores de cualquier época se mide por la forma como supieron emplear y acrecentar los medios de cultura de que disponían; y por la manera como reflejaron en sus obras las preocupaciones o tendencias espirituales de los hombres de su tiempo.

Así el pertenecer a una generación revolucionaria no significa por sí misma ni necesariamente, que los que forman en este grupo tengan mayores merecimientos artísticos que aquellos que pertenecen a la generación desplazada.

Nervo ha hablado en un lenguaje sencillo que se puede entender en todas las épocas, sobre cuestiones que interesan a los hombres de todos los tiempos. Sus confidencias sentimentales no son todas necesariamente poéticas; pero tienen el encanto misterioso de la simplicidad y de la sinceridad que sabe llegar a todos los corazones.

Es posible que las nuevas generaciones literarias lo olviden por completo. Pero no son ellas las únicas que deciden sobre los valores definitivos del arte. Queda todavía la muchedumbre de seres humanos que ama y que sufre; quedan todos los que tienen lágrimas en los ojos por alguien que se fué para siempre, y a quien no pueden olvidar. Por ellos habló el poeta y ellos no podrán olvidarlo y sabrán, por encima de las escuelas y tendencias transitorias, mantener su recuerdo encendido como una luz de esperanza en el corazón de los hombres.